



1808-1811.

Á LOS MÁRTIRES

## de la Independencia Española

La Redacción de El Orden.

## DOS DE MAYO. (1)

Fecha imperecedera de nuestra historia; recuerdo de gloriosos timbres de la patria española, cuyo brillo tememos empañar con el desaliño que lleva tras sí la narración de los hechos.

Al tocar sucesos sublimes, que tanto se han referido ya con apropiado lenguaje, no se estrañe que lo hagamos nosotros con la concisión posible, si bien procurando ser exactos en la descripción de la jornada con que lo valientes madrileños, invocando el espíritu de los habitantes de Sagunto y de Numancia, demostraron al mundo que no se había extinguido en su suelo la raza de los héroes, ni de los que habían impuesto terror á los imperios con la bravura y el valor de sus indomables hijos.

Todas las historias consignan las escenas del Dos de Mayo, como recuerdo imperecedero, para que las futuras generaciones admiren en ellas hasta donde llegan los impetuosos arranques de los pueblos, cuando se arrojan á recuperar su honra mancillada.

Hablemos de ello, pues, para que no se borren nunca de nuestra memoria.

\*\*\*

El fuego de las ideas democráticas, que en pasados siglos había ya aparecido en varios puntos de Europa, en 1793 se alzó imponente en el corazón de la Francia, estinguendo la vida de sus reyes en el cadalso, á donde fueron empujados por el desbordamiento de las pasiones.

Libre aquella nación de las ligaduras con que el trono la había sujetado, en los impulsos de su naciente entusiasmo rompió contra todo lo tradicional, arrollando cuanto encontró á su paso, como el torrente arrolla cuanto se le opone en su curso impetuoso.

La providencia, no obstante, hizo allí aparecer un genio que concibió la idea de sujetar los tronos de la tierra á su incontrastable imperio, utilizando para ello las bríosas fuerzas que de la exaltada Francia podía sacar para tan ambiciosos fines.

Napoleón I, el Capitán del siglo, se llamó aquel que con asombro de los ejércitos, condujo sus huestes á la victoria en Austerlitz y en Marengo, en las Pirámides y en Jena.

¿Qué pasaba en España, mientras tan estruendosos hechos de armas admiraba

(1) Cuando digamos en las narraciones del presente número, conste que se refiere á la Francia de los tiempos del primer ambicioso del siglo; de modo alguno á la ilustrada Francia actual con sus preclaros hombres.

atónito el mundo que los contemplaba?

La menguada historia del reinado de Carlos IV, y de María Luisa; la vergonzosa terminación de ese reinado y su enlace con el inmediato de Fernando VII, no hay español que no la conozca y á quien le pase desapercibido que hechos tan denigrantes habían de dar motivo al coloso militar para fijar sus ojos en la desventurada España, y unirla al carro de su soberbia y de sus ambiciones sin cuento.

El pacto infame de Fontainebleau, había hecho dueños del territorio hispano á los franceses, y la proclama del inepto Carlos IV, correspondiente al día 16 de Marzo de 1808, abría también las puertas á las esperanzas de los que pretendieran convertirse en conquistadores.

«Respirad tranquilos, decía el marido de María Luisa á los españoles: sabed que el ejército de mi caro aliado el Emperador de los franceses, atraviesa mis reinos con ideas de paz y de amistad...»

Los edictos y los bandos, la *Gaceta* y la inquisición, en todos los tonos aseguraban que el honrado pueblo madrileño, veía complacido dentro de sus murallas á los héroes de cien combates, y eso no obstante, el 27 del referido Marzo, la Plaza de la Cebada fué testigo de la lucha singular entre los paisanos y los soldados del Corso.

Camino de Bayona partió luego el nuevo rey, el deseado Fernando, con objeto de recibir respetuosamente á Napoleón el grande, y encargaba á los madrileños que se le dispensara cariñosa acogida, porque de su influencia esperaba sucesos agradables.

El pueblo entre tanto, vivía receloso de la Junta de Gobierno presidida por el infante D. Antonio, quien al despedirse de ella le había dicho: «Dios nos la depare buena, señores, hasta el valle de Josafat.»

Por otro lado, el villano proceder de los alcaldes de casa y corte, que hacían responsables á los maestros artesanos de las faltas políticas que cometieran sus patrocinados; el edicto encargando la captura de los promovedores del lance ocurrido en Carabanchel de Arriba, en que se prometía al delator que denunciara al delincuente gruesas cantidades y hasta *indultarle de la pena de muerte si á ella estuviere sentenciado*... todo irritaba á la noble villa madrileña, que en sus actos hacía resaltar la alteza de miras y el más acendrado entusiasmo por el trono de sus reyes.

En tal estado Madrid y la Real familia, Napoleón no se reparó en decir con desdoro que: «Condescendiendo S. M. I. R. con los deseos manifestados por la Junta de Gobierno, por el Consejo de Cas-

»filla y por diferentes cuerpos civiles y militares del Estado, no *hallaba inconveniente* en que de los príncipes de su imperial y real familia, se designara para rey de España á su hermano el rey de Nápoles... etc.»

Entre tantas torpezas corrió el tiempo hasta el 1.º de Mayo, y cuando el orgulloso Murat pasaba ostentosa revista á sus aguerridas tropas, estas fueron silbadas extrepitosamente por los paisanos, que con el siguiente día vieron amanecer el de mayor gloria que tiene pueblo alguno que sabe morir por su independencia.

El grito de—¡Válgame Dios, que se los llevan!—dado por una pobre vieja á vista de que iban á llevarse á Francia los pocos individuos de la Real familia que en Madrid quedaban, fué la chispa eléctrica que encendió la inmensa hoguera del santo patriotismo que ardió en el pecho de los valientes que más tarde habían de inmortalizarse dejando una brillante página, envidiable entre cuantas registran los anales de la historia.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, chisperos y manolos; todos se lanzaron á la más desordenada lucha, y á la más heroica de las defensas.

Espronceda con el alto vuelo de su inspiración nos describe aquel impetuoso impulso de la siguiente manera:

«Hombres, mujeres, vuelan al combate,  
El volcán de sus iras estalló;  
Sin armas van, pero en sus pechos late  
Un corazón colérico, español.»

Sitios hubo en que un solo individuo fué capaz de detener el paso á todo un destacamento de franceses.

Valientes se presentaron en la liza, como Malasaña, que ante el cadáver de su hija, atravesado por las balas del enemigo, no solo continuó haciendo fuego hasta apurar el último cartucho de los que aquella le traía del Parque, sino que en su ardor delirante espiró luchando cuerpo á cuerpo á puñaladas contra el enemigo.

Ruiz y Velarde, valerosamente rindieron á cien franceses, y le arrancaron el parque, desde donde ayudados de Daoiz y del paisanaje, lucharon hasta la muerte, pereciendo cosidos á bayonetazos sobre los cañones con que respectivamente causaron mortíferos estragos.

Tan desesperada contienda, también Espronceda la describe diciendo:

«Los que el rápido Wolga ensangrentaron,  
»Los que humillaron á sus pies naciones  
»Y sobre las pirámides pasaron  
»Al galope veloz de sus bridones,  
»A cruenta lucha, á sin igual batalla,  
»Madrid provoca en su encendida ira;  
»El pueblo inerme allí entre la metralla  
»Y entre los sables reluchando gira.»

Ni medios, ni forma hay para describir la sublime hecatombe, si no apelamos al recurso de copiar á aquellos de nuestros inspirados vates, que han sabido pintar el sentimiento que impulsaba á la lucha á los que tan denodadamente morían por la independencia Española.

El malogrado Bernardo López García, con su fogoso espíritu, nos dice también:

«Y suenan patrias canciones  
cantando santos deberes,  
y van roncas las mujeres  
empujando los cañones,  
Y al pie de libres pendones  
el grito de patria zumba,  
y el rudo cañón retumba,  
y el vil invasor se aterra,  
y al suelo le falta tierra  
para cubrir tanta tumba.»

El día 2 de Mayo, es día tal para nuestra madre patria, que debe consagrarse á admirar, con lágrimas en los ojos, hasta donde rayó el arrojó de los que fueron el asombro del mundo, el pasmo de la his-

toria y la fuente de inspiración de cuantos en su pecho son capaces de sentir las sublimes emociones de la grandiosidad.

¡Duerman tranquilos en sus tumbas los que supieron demostrar el temple de nuestra raza!

¡Duerman allí con la bendición de los propios y de los extraños!

¡Duerman disfrutando de la gloria en las moradas de los héroes por toda una eternidad!

¡Duerman habiendo demostrado que los traidores no pueden atentar en balde contra la integridad de nuestro suelo!

El mismo López García dedica á su recuerdo esta otra estrofa:

«Mártires de la lealtad  
que del honor al arrullo  
fuisteis de la patria orgullo  
y honra de la humanidad,  
en las tumbas descansad,  
que el valiente pueblo ibero  
jura con rostro altanero  
que hasta que España sucumba  
no pisará vuestra tumba  
la planta del extranjero.»

Brevísima es la reseña que precede; pero ante ella le ocurrirá preguntar á nuestros lectores. ¿Y dónde estaban los soldados que aquí no han aparecido al lado de sus hermanos á pelear y á morir por la honra de la patria?

¡Ah! Como leones forcejaban por romper las puertas de sus cuarteles, donde habían sido prisionados por orden de una Junta incalificable, y del Capitán General, D. Francisco Javier Negrete.

Y aquella misma Junta de Gobierno que no supo dar pruebas de energía, pretendió darlas de humanidad, comisionando á O'Farril y Azanza, para ofrecer al príncipe Murat que ellos restablecerían el sosiego en la población,

Y la inocente cuanto brava multitud al ver agitarse aquellos pañuelos blancos, y al escuchar los gritos de ¡Paz! que detuvieron su brioso empuje ante las ofertas de reconciliación, honradamente los creyeron y, deponiendo las armas, dejáronse amarrar al carro del tirano para ser sacrificados ante su perfidia.

La pluma se detiene al manifestar que en aquella noche, solo interrumpía su pavoroso silencio el estampido del cañón que de cuando en cuando retumbaba, ó el ruido de la fusilería, descargando sobre los infelices que, conducidos al salón del Prado, allí fueron pasados por las armas sin escucharles ni descargos ni detensa.

Juán Nicasio Gallego, con la sublimidad que distingue á sus escritos, nos describe el luctuoso suceso de la siguiente manera.

«Por las henchidas calles  
gritando se despeña  
la infame turba que abrigó en su seno.  
Rueda allí rechinando la cureña,  
acá retumba el espantoso trueno,  
allí el joven lozano,  
el mendigo infeliz, el venerable  
sacerdote pacífico, el anciano  
que con su arada faz respeto imprime,  
Juntos amarra su dogal tirano.  
En valde, en valde gime  
La triste madre, la afigida esposa  
Con doliente clamor: la pavorosa  
Fatal descarga suena  
Que á luto y llanto eterno las condena.»

Así terminó el movimiento popular del 2 de Mayo, padrón de afrenta para los inhumanos sacrificadores, y día eternamente memorable en los fastos de nuestra patria. ¡Gloria á los que por ella se ofrecieron en holocausto, y viva en nuestros pechos el recuerdo de los héroes, cuya sangre corre por nuestras venas!

J. R. M.

**BADAJOS EN 1808 Á 1811.**

Cuando los tiranos han creído que con la crueldad se sujeta á los pueblos, se han equivocado completamente.

La idea cristiana no murió entregando los mártires á las hogueras y á las garras de los leones.

La independencia de España no quedó tampoco entre las cenizas de Sagunto y de Numancia, ni podía quedar sepultada con las víctimas que se sacrificaron en el Prado madrileño.

Grande, sin embargo, tenía que ser ahora el esfuerzo para desatar la cerviz de la patria del yugo á que astutamente pretendía sujetarla Napoleón.

Grandes los hombres que aparecieron en el palenque de la guerra para vencer á los que con sus famosos hechos llevaron siempre la victoria á la sombra de sus banderas.

La providencia, empero, no había estinguído en nuestra tierra la raza de los que en mil combates, palmo á palmo conquistaron la nacionalidad, hasta concluir de asegurarla en la vega de Granada, ensanchándola inmediatamente hasta mundos desconocidos. Luchaban también ahora por la idea santa que hace invencibles á los ejércitos; llevaban en sus banderas escrito el sagrado lema de la independencia.

El grito de guerra á partir de los sucesos de Madrid, resonó muy pronto en todos los ámbitos de la península, y como chispa eléctrica corrió desde las ciudades á las aldeas, inflamando en patriotismo los pechos de los Españoles, que ansiosos corrieron á alistarse, no solo para defender la integridad nacional, sino para labar con sangre el honor mancillado por los asesinos de las inocentes víctimas.

Un parte dirigido á las provincias á excitación de D. Juan Pérez Villamil, secretario del Almirantazgo, fué suficiente al efecto.

Decía así: «La patria está en peligro, Madrid perece víctima de la perfidia francesa; Españoles acudid á salvarla. Mayo 2 de 1808. El Alcalde de Mostoles.»

El expresivo escrito que precede, preparó al país para que el 6 de Julio inmediato pudiera ya la Junta de Sevilla declarar la guerra al emperador Napoleón, declaración que acabó de encender el entusiasmo para que á los gritos de *religión y rey, patria é independencia*, corrieran presurosos á la lid toda clase de españoles.

Muy pronto, en 19 de Julio, se encontraron el ejército francés mandado por Dupont y el español por Castaños, y se dió la célebre batalla de Bailén, en la que obtuvimos una completa victoria.

Hablando de ella decía el vizconde de Chateaubrian: «que los cañonazos disparados en Bailén habían resonado en los gabinetes de Europa.»

El entusiasmo acabó de despertarse con el triunfo de nuestras armas; los espíritus se inflamaron de modo indefinible, y el resultado puede decirse que quedó descrito en la valiente estrofa que copiamos de D. Juan Nicasio Gallego:

«Ya el duro peto y el arnés brillante  
visten los fuertes hijos de Pelayo:  
fuego arrojó su ruginoso acero:  
¡venganza y guerra! resonó en la tumba;  
¡venganza y guerra! repitió el Moncayo:  
y al grito heroico que en los aires zumba  
¡venganza y guerra! clamán Túrta y Duero,  
Guadalquivir guerrero  
alza al bélico son la régia frente,  
y del Patrón valiente  
blandiendo altivo la nudosa lanza  
corre gritando al mar ¡guerra y venganza!»

No es esta ocasión para describir minuciosamente los azares de la guerra, en el espacio de tiempo que media desde la memorable batalla de Bailén hasta el sitio de Badajoz en 1811. Consignemos, empero, que en aquel primer triunfo de nuestras armas, en esa tan reñida cuanto gloriosa lucha, allí fué ya el General Menacho premiado sobre el campo de batalla con una cruz de mérito y distinción, y propuesto á la Junta Suprema para el empleo de coronel efectivo, desde el de comandante que ostentaba, como consecuencia de su admirable comportamiento.

La victoria no solamente protegió á nuestras armas en Bailén, sino que también le dispensó sus favores en Gerona, Valencia y Aragón.

La fama pregonaba estos triunfos; la Gran Bretaña cesó en la enemistad con nosotros, y el Duque de Wellington, atravesando los mares con un poderoso ejército, corrió á desalojar á los franceses de Portugal y á batirlos en Castilla.

Las tropas españolas que al lado de Junot peleaban en el reino Lusitano, y las que á las órdenes del Marqués de la Romana aumentaban las glorias de Napoleón en Dina-

marca, escucharon las voces de auxilio que de ellas demandaba su afligida patria, y volviendo la espalda á los extranjeros, vinieron aquí con ánimo decidido para ser fieles á las banderas de su nación.

De tal modo, reunióse el grueso ejército que impuso tanto temor al orgulloso capitán del siglo, que por ello mandó aquí otros setenta mil hombres, que vinieran á reforzar el ejército que ya nos oprimía con las puntas de sus bayonetas.

Las inmortales Zaragoza y Gerona asombraron á esas huestes francesas cuando se presentaron al desnudo de sus habitantes; Cuesta y Wellington las derrotaron valerosamente en Talavera; pero no habiendo sido constante la fortuna, Medellín, Ocaña y otras varias lamentables derrotas, pusieron en manos de los franceses á casi todas nuestras provincias, hasta que en 1810 ocuparon la Andalucía, pasando á Sierra-Morena por Despeñaperros.

La muerte, la destrucción y el pillaje de los soldados del Corso imponían terror en nuestras ciudades y en nuestras aldeas.

El estado de la patria era tan angustioso, que dejamos su pintura á la fecunda inspiración del Sr. Nicasio Gallego, en la parte que dice:

«Junto al sepulcro frío,  
al pálido lucir de opaca luna,  
entre cipreses fúnebres la veo:  
trémula, yerta y desceñido el manto,  
los ojos moribundos  
al cielo vuelve que le oculta el llanto:  
roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
yace entre el polvo, y el león guerrero  
lanza á sus pies rugido lastimero.»

Llegados á esta altura en la narración de los generales acontecimientos, con objeto de que sirvan de precedente para explicarse los que en esta localidad ocurrieron, séanos permitido retroceder, á fin de que se comprenda que Badajoz se preparaba á una defensa capaz de demostrar que no había dejado de ser el pueblo bravo y patriota de los anteriores siglos.

El levantado espíritu de sus habitantes es tradicional; procede de épocas verdaderamente remotas,

Los Fenicios-celtas, adoradores de Bauda colocaron aquí su planta, para adorar al dios ante su espada clavada en la tierra, demostrando así que de las armas esperaban su felicidad.

Los Romanos, admitieron después á Búdua en su teogonía, elevándolo á la categoría de Marte, sin duda para respetar al genio de la guerra en los conquistados.

Godos y Arabes los consideraron más tarde, y los ejércitos de la Cruz los saludaron con respeto en 1.232, al arrancar para siempre esta plaza á los soldados de la media luna.

Las compañías del Concejo de Badajoz, al lado de las de Sevilla y Ciudad-Rodrigo, prodigios de arrojo y de valor mostraron en la batalla del Salado, que aún se mencionan en las páginas de la historia patria.

Perdido el dominio del Reino Lusitano con Felipe IV, sin soldados para defender esta plaza, su milicia lo hizo valerosamente, precipitando de sus muros á los enemigos que la asaltaban, y persiguiéndolos para derrotarlos en la oscuridad de la noche.

Al lado de los más esforzados veteranos pelearon más tarde contra los ejércitos de Vasconcelos, cuando acosó á esta población en 1658. Madrid alarmado creyó deber auxiliarla entonces con refuerzos que no fueron necesarios, porque estos valientes Milicianos supieron escarmentar á los enemigos en sus desesperados asaltos.

Simultáneamente la Milicia mezclada con la guarnición en 1.704, arrollaron y destruyeron las fuerzas de Falgue, y el campo de los vencedores fué cubierto de palmas y laureles por las gentes de la ciudad.

Si el Marqués de las Minas en 1.706 derrotó á los ejércitos de Marros; si bloqueó luego á nuestra plaza desmantelada, creyendo vencerla, sus Milicias proponiéndose renovar el ejemplo de Numancia, supo rechazar las proposiciones de entrega, y con indómita fiera perseguir al enemigo en retirada hasta conseguir su derrota.

Felipe V, desde el Real Campo de Atienza, felicitó á estos urbanos por su arrojo y su fidelidad siempre constante.

Tal ha sido nuestra población en los remotos tiempos.

Tal en los del ruinoso periodo de las guerras de sucesión, en que la patria afligida vió al ejército Anglo-Portugués cruzar el Guadarrama y penetrar en la corte á proclamar rey de España al Archiduque, que llegó á llamarse Carlos III.

Por algo en sus blasones ostenta la ciudad de Badajoz los títulos de Muy leal y Muy noble, á los que con sus hechos puede añadir los de Muy patriota y Muy brava.

¡Tal es el pueblo que se levanta en la guerra de la independencia!

¡Su virilidad, su arrojo, y su nobleza, parece que le destinaban á ser el más importante factor de tan gran epopeya, la más sublime que registra en nuestro siglo la historia de la humanidad.

Era el 4 de Mayo de 1808, cuando esta capital comenzó á impacientarse por haber llegado á ella el famoso aviso del alcalde de Mostoles, respecto al peligro en que se encontraba Madrid.

Con delirante entusiasmo, nuestros paisanos querían ser los primeros en presentarse á la defensa de la nación.

Ocupaba la Capitanía general de Extremadura el señor conde de la Torre del Fresno, y el 30 de dicho mes, en el ardor que abrigaba el pueblo, un caso inesperado no pudo contener el aborto de la revolución.

Al no hacer salvas el día de San Fernando, hombres y mujeres, ancianos y niños, arrojándose al parque, sacaron de él tambores y otros instrumentos de guerra, y el gentío en confuso remolino corrió á las murallas, donde una lavandera osada, arrebatando la mecha á los artilleros, prendió fuego á uno de los cañones.

Los otros dispararon sucesivamente, y á sus estampidos se levantó el grito de *viva Fernando y mueran los franceses!*

Fatalmente llegó en aquellos instantes un postillón con pliegos que, en la exaltación de los naturales, supusieron que fuesen de un general francés.

Ciegos de ira, ébrios de patriotismo, sordos á las persuasiones de los prudentes, los más atrevidos derribaron sin vida al desgraciado é inocente Conde, inaugurando con esta brutal desgracia una revolución que, sin ese hecho, merecería un aplauso de la posteridad.

Poco después de los tristes sucesos, Badajoz, con sólo una guarnición de 500 hombres, desafiaba al general francés Kellermán que con numerosas huestes se encontraba en Elvas.

El alzamiento de nuestros paisanos y su actitud enérgica, interceptaron las comunicaciones del ejército invasor de Portugal con las regiones de la Mancha y Andalucía; es más, precipitaron la convención de Cintra, por la cual las armas francesas quedaban libres á los lusitanos, y España no tenía enemigos á la espalda.

Posicionado ya de Mérida el mariscal Víctor, mandó á Mortier con el 5.º cuerpo de ejército á intimar la rendición de Badajoz. ¡Gloria á aquella Milicia Urbana que, en la acción del Cerro gordo, el 11 de Febrero de 1810, hizo huir á balazos á los orgullosos dragones cuyas armas pretendían dominar la tierra!

¡Gloria á los que cerca del Rivillas lucharon luego con brio, intimidando á las tropas de Reyniers, aunque sellaran con su sangre tan memorable jornada!

Y estamos en 1811, año fatal que empieza con la entrega de la plaza de Olivenza, sin motivo para ello, quedando allí prisionera de guerra una guarnición valerosa.

Y era el 26 de Enero, cuando al frente de Badajoz se presentaban los guerreros del Corso, abriendo el fuego con las baterías que plantaron en los cerros de San Miguel, del Almendro, de las Mallas y del Viento.

Las balas de cañón y el plomo de los fusiles amenazaban de muerte á nuestra ciudad, que presentaba un aspecto aterrador.

Los proyectiles que chocaban contra los edificios reducíanlos á ruinas y atemorizaban á los moradores.

Los más débiles habíanse amparado bajo las bóvedas de la Catedral y de los fuertes edificios de San Francisco, Santa Catalina y los Gabrieles.

Cuántas personas podían empuñar las armas colocáronse á la orden del valiente general, el Excmo. Sr. D. Rafael Menacho, genio de la guerra que se conmemora en estos instantes con el monumento que se erige á su memoria.

Los paisanos mezclados con la guarnición corrían á la defensa de las murallas, y todos en aras de la patria deseaban consagrar sus vidas y sus haciendas.

¡Gloria á la guarnición que tan valerosamente supo luchar contra los invasores!

¡Viva el coronel Martín de la Carrera, que el 6 de Febrero, heroicamente, de modo inimitable, cargó sobre la caballería francesa, arrojándola más allá del Jévara, para que abriendo sus filas entrara en la plaza el general Mendizábal y el ejército Anglo-Portugués que venia á defenderla.

¡Viva D. Carlos España, que al siguiente día, émulo de su antecesor, conquistó

otros inmarcesibles laureles, cargando con arrojo y con un puñado de valientes á las baterías de San Miguel y del Almendro, llegando hasta las bocas de los cañones, apoderándose de ellos y clavando varias piezas! ¡Gloria eterna, á los que, en este singular hecho de armas, supieron morir como soldados!

Ni espacio, ni pluma hay para describir tantos y tantos hechos heroicos como aquí tuvieron lugar, enardecidos los ánimos de soldados y paisanos por el pundonoroso y valiente general que en todos infundía alientos para la lucha.

Siempre se colocaba sobre los muros para dar ejemplo á la guarnición que le obedecía.

En la noche del día 9 ocurrió un incidente desagradable. Los franceses entraron en el fuerte de Pardaleras por una puerta que les franqueó un oficial prisionero. Allí se cruzaron nuestras bayonetas con las bayonetas enemigas, confundiéndose los gritos de «Viva España» y «Viva Francia» que llenaban el espacio.

Menacho sobre el muro de la plaza contemplaba tan horrendo espectáculo, y al ver arrolladas nuestras fuerzas y sembrado de cadáveres el fuerte, volvióse á nuestros artilleros arengándolos con estas enérgicas palabras, que brotaron de lo más profundo de su corazón: «¡Primero está la patria; que mueran todos por ella! ¡Fuego sobre el fuerte! ¡Quede nuestro honor sobre sus ruinas, y que los cadáveres encuentren sepultura bajo los escombros!»

A los disparos de la mortífera artillería, sucedió el silencio de los sepulcros, como sustitución á los desesperados gritos que se escucharon en tan incontrastable lucha.

En la mañana del 19 de Febrero, el Mariscal Soult atacaba al ejército de Mendizábal en las orillas del Jévara, y ya rotos y deshechos los españoles, y abandonada la infantería de las demás armas, fué cuando el valeroso Brigadier D. José de Gabriel, hijo de esta ciudad, lleno de generoso despecho, sobreescitado por las proclamas de Menacho, con solo tres soldados que le siguieron, cargó sobre el Duque de Aremberg, Jefe de la Caballería francesa, rompiendo y desbaratando sus filas, hasta llegar á tirarle una cuchillada. En tal instante cayó sin vida, muerto por los Ayudantes del Duque, espirando en sus labios las palabras de *fuego, fuego*, con que lleno de ardimiento animaba á los compañeros que le habían seguido.

Perdida esta fatal jornada, Badajoz fué bloqueado por la derecha del Guadiana; pero nada intimidaba al heroico Menacho.

En esa batalla pereció D. Miguel de Fonturvell, teniente de Artillería de la brigada de Canarias que, de edad avanzada, pidió al General que le confiara el puesto de más peligro. Mutilado por la metralla, de las dos piernas y un brazo, horrorizó á los franceses el verlo levantarse del polvo, con la mecha encendida, haciendo el último disparo de cañón, y animando á sus soldados con los gritos de: «Viva la patria; contento muero por ella.»

Pocos rasgos, separados de los de Churrua y Gravina, se presentarán como éste en la historia militar Europea.

Era ya el 26 de Febrero, cuando los sitiadores batían con furia los baluartes de San Juan y Santiago, prendiéndose fuego á un repuesto que estaba detrás de uno de ellos; pero la presencia del valeroso y activo Menacho, impidió el desorden y evitó las desgracias.

Causándoles mayores alientos tantos reveses, disponiase á la defensa hasta dentro de la ciudad, haciendo parapetos en sus calles, atronando casas y tomando vigorosas y previsoras medidas.

El 4 de Marzo, según su partida de defunción, y el 3 según varios historiadores franceses, mandaba una salida, y arengaba á sus granaderos, colocado sobre el muro que está cerca del baluarte de San Juan, cuando una bala de cañón le dejó sin vida.

Con ella murió aquí el honor de nuestras armas y acabaron entonces los alientos del pueblo de Badajoz.

Los esfuerzos de aquel valiente fueron sustituidos por los menguados hechos del Mariscal de Campo D. José Imaz que, el día 10, cuando la plaza iba á ser socorrida, hizo que más de 7.000 hombres rindieran las armas en el campo de San Roque, entregando al enemigo mil y cien enfermos, artillería y municiones de boca y guerra.

Aquellos de nuestros lectores que quierán darse cuenta del inícuo proceder del Sr. Imaz, que repasan la contestación que á sus injuriosas disculpas dieron los patriotas D. José María Calatrava y otros desde Andalucía.

Nada pudo mancillar la honra inmacu-

lada de los que habían adquirido una gloria inmortal, ó venciendo, ó muriendo como valientes en los campos de batalla; la honra de los paisanos que habían impuesto temor á los dragones franceses el 11 de Febrero de 1810; de los que fueron admirados por las tropas de Rijniers, que tuvieron que huir del estrago de sus armas.

Contra aquella vileza, contra los que vendieron la plaza, traidores á su patria, y en defensa del pueblo honrado de Badajoz, publicó el Sr. Díaz Macías un inspirado soneto que reproducimos á continuación. Dice así:

A BADAJOZ.

(SITIO DE 1811).

Despierto está el león, ciñe su frente el augusto laurel de la victoria que se dibuja, para eterna gloria, del Guadiana en el cristal luciente.  
Su indómita fiera no consiente que el brillo empañen de su excelsa gloria: Ciudad altiva de inmortal memoria que alzose airada contra extraña gente.  
Si alevos hubo que tu seno abrieron y á las hordas del Sena te entregaron faltos de fé, valor y patriotismo,  
Tus rēcios muros, que testigos fueron de la manilla vil que se arrojaron pregonan tu lealtad y tu heroísmo!

¡Loór á de Gabriel y á Fonturvell!  
¡Loór y gloria á Menacho!

Los héroes no mueren nunca. Los pueblos los guardan en su memoria, y con estos monumentos relegan sus hechos á las generaciones futuras, para que los guarden como tradiciones gloriosas en todos los siglos.

Recordemos algunos antecedentes biográficos del bravo general Menacho, extractándolos de *La Coalición* de 10 de Mayo del año anterior, de donde fueron trasladados hace pocos días al periódico. «El Ejército Español.»

D. Rafael era hijo de la muy noble, muy leal, muy heroica y Excmo. Ciudad de Cádiz.

Sus padres D. Benito y D.<sup>a</sup> Francisca Tutillo, naturales eran también de aquella hidalga tierra.

D. Rafael nació allí el 22 de Mayo de 1766, y se bautizó el día 28 del mismo mes.

Prévios sus estudios de filosofía, el 3 de Octubre de 1784, sentó plaza de cadete en el Regimiento Infantería de Valencia, dando comienzo á su brillante carrera militar el que desde entonces, reveló encerrar dentro de sí un génio superior, de los que muy de tarde en tarde aparecen entre los hombres.

En 1787 fué promovido á subteniente, y en 1791 á segundo Teniente del referido Regimiento de Valencia.

Habiéndose distinguido de guarnición en Ceuta en servicios de salidas al campo del moro, entró en Francia por el Rosellón el año de 1793, siendo gravemente herido en la retirada de Argel, y contuso de bala de cañón en una rodilla.

A las órdenes del Conde de la Unión en 30 de Abril de 1794, en las abanzadas de Montesqui y en la retirada hasta Coll de Portell, dió ya pruebas de un valor indomable.

El 19 de Mayo se encontró en el ataque de la Muga, donde por su bizarría y dotes militares, el General le encargó el mando de la retirada y pasó un brillante informe al Regimiento de Valencia, describiendo aquella acción distinguida.

En 1795 hizo toda la campaña, hallándose en un sin número de acciones, de las cuales fué la principal la de Calabuch, en que desalojó y persiguió á los franceses, dando patentes pruebas de su pericia militar.

En la Armentera y Fortuslla del Fluvia dió á los enemigos cargas á la Bayoneta, disponiendo de escasas fuerzas, y tan singulares servicios fueron recomendados y publicados por el general en Jefe del ejército, que ya le había hecho primer teniente de Granaderos.

El 14 de Junio, en la función general de la Armentera, sobresalió, de tal modo, que el Rey le graduó de Teniente Coronel.

Habiendo servido más de diez años en Valencia, pasó á Cazadores de la Coruña, tomando el mando de la Compañía de fusileros el 18 de Octubre.

En 1797, terminada la guerra con Francia, marchó al Ejército de asamblea contra Portugal, á las órdenes de los generales Urrutia y Pardo.

En 1799 se le confirió la compañía de gastadores, asistiendo á los ataques y to-

mas de Arronches, Portalegre y Castell-Davide.

En 26 de Diciembre de 1802, fué nombrado Sargento Mayor del batallón Ligero de Campo Mayor, y en 1805 salió para el campamento de Buenavista, al frente de Gibraltar, continuando en el bloqueo de la plaza hasta terminar aquellas operaciones.

En 1.<sup>o</sup> de Julio de 1808, y por disposición de la Junta suprema de Sevilla, marchó con su regimiento de la ciudad de San Roque, para unirse al ejército que debía formarse á las órdenes del general Echevarri, y se incorporó á él, conteniendo valientemente las investidas de los soldados que siempre había conducido á la victoria el general francés Dupont, á los que hizo retirarse en el puente de Alcolea.

El 10 de Junio lo destinó el Gobierno á la vanguardia del ejército que formaba el teniente general D. Javier Castaños, en Utrera, y el 10 recibió el despacho de comandante de su batallón, distinguiéndose el 15 á la cabeza de sus tropas en los Visos de Andújar, de cuyo sitio desalojó á los enemigos á viva fuerza.

El 19 persiguió á los franceses desde Andújar hasta Bailén, en cuyas inmediaciones concurrió á la tan reñida cuanto gloriosa batalla de aquel para siempre memorable día, agraciándosele por su bravura y distinguido comportamiento, con una medalla de honor y distinción, y so-

bre el campo de batalla, el día 24, lo declaró la Junta suprema coronel efectivo.

El 26 de Octubre, se batió en San Adrián, y el 12 de Noviembre estuvo en el ataque y ocupación de Alconillo.

El 23 asistió á la acción de Cascante, donde á presencia de su batallón se batió frente á frente y dió muerte á un distinguido personaje del enemigo. En el acto de emprender nuestro ejército la retirada, cubrió Menacho con sus fuerzas la retaguardia, y fué conteniendo á los victoriosos franceses hasta el pueblo de Bubberca. En este alto de las tropas, defendió el paso del caminoreal, dando tiempo á la retirada de las otras divisiones, y batiéndose hasta no tener sus soldados ni un cartucho, logrando así el que verificase su marcha retrograda el ejército á quien siguió cubriendo.

Menacho se conquistó entonces tal confianza de los generales de nuestro ejército, que cuando se proponían vestir al enemigo le confiaban la vanguardia, y en caso de retirada le encargaban la custodia de la retaguardia.

El día 25 de Diciembre estuvo en el ataque de Tarancón, batiendo á una parte del ejército que mandaba el mariscal Victor, el que fué arrojado de la villa.

En los días 3, 4, 5 y 6 de Enero de 1809, se halló en la defensa y retirada de Tarancón y Santa Cruz de la Zarza.

El día 13 asistió á la batalla de Uclés, de la que se replegó con su batallón y,

Mansio, declarando el Consejo de Regencia que no había en ella otra autoridad militar que la suya.

En seguida que Menacho tomó posesión del alto cargo que en esta plaza se le confiaba, trabajó con el mayor acierto y vigilancia, jurando defenderla, y la puso en el mejor estado cuando los enemigos formalizaron el sitio en fin de Enero de 1811.

Desde entonces el general era el primero en todas las fatigas; y cuando no le permitían sus obligaciones acompañar á los soldados fuera del recinto de las murallas, les daba aliento, vigorizándolos con su presencia en lo más alto de los baluartes y merlones.

Cuando el 7 de Febrero del mismo 1811 hizo la salida el general D. Gabriel de Mendizábal para desalojar á los sitiadores, subió al muro, como acostumbraba, para dar sus disposiciones, y entonces una bala de fusil le hirió en la pierna izquierda.

Firme en sostener la plaza que la nación le había confiado, y para contrariar la insistencia con que la estrechaban los enemigos, determinó que los granaderos de todos los cuerpos de la guarnición hicieran una salida para clavar la artillería y destruir las baterías Imperiales.

En el acto de verificarse la referida salida, puesto en la muralla, despreciando como bravo el nutrido fuego de cañón que hacia el enemigo, y animando con su presencia á los granaderos, una bala de metralla le penetró en el vacío derecho y lo dejó muerto el 4 de Marzo de dicho año de 1811, á los 44 de su edad y veintiseis en su brillante carrera militar.

El fallecimiento de este hombre insigne causó un profundo pesar á todos los patriotas.

El Consejo de Regencia comunicó á las Cortes la infausta noticia de haber muerto de una bala de metralla el valiente gobernador y Mariscal de campo D. Rafael Menacho.

En el desgraciado día del fallecimiento del General, se depositó su cadáver primero en la poterna que está más cerca del Parque de Artillería, y despues en la Catedral, enterrándole en el panteón de los Sres. Obispos.

Por iniciativa de la Comisión de Monumentos Históricos se exhumaron de su tumba los restos del cadáver el 4 de Marzo de 1880, encerrándolos en una caja de zinc, que fué colocada en los claustros de la Catedral, tras de una modestísima lápida con la siguiente inscripción.

«R. I. P.

Aquí han sido trasladados los restos del Excmo. Sr. D. Rafael Menacho, Gobernador de esta plaza, muerto gloriosamente defendiéndola contra los ejércitos franceses en 4 de Marzo de 1811.

El Ayuntamiento y la Comisión provincial de Monumentos dedica este recuerdo, á su acrisolada lealtad.»

La pequenez y humildad de la piedra que contiene la anterior inscripción; contrastan muy mal con los imperecederos recuerdos que Badajoz debe al gran tipo de constancia inquebrantable y acendrado patriotismo; al caudillo de nuestra epopeya en la guerra de la independencia.

Hubiéramos visto orgullosos que este noble pueblo honraba la memoria de sus héroes, como ahora lo hacen con patriótico desprendimiento, el Excmo. Sr. Capitán general D. Federico Ezponda y la dignísima Guarnición de esta plaza, erigiendo á su memoria el Mausoleo que acaba de terminarse.

Gerona honró así el recuerdo del general Alvarez de Castro, y de tal modo inmortalizaban Esparta y Roma el recuerdo de sus valientes hombres y los inmortalizan hoy todos los pueblos de la culta Europa.

Eleve la Iglesia, y elevemos todos al Altísimo nuestras oraciones por el alma de los defensores de la patria; truene el cañón recordándonos sus hazañosos hechos.

J. R. M.

Héroes de la Independencia Española.

Entre todas las religiones que rigen al mundo moral, hay una que por su naturaleza, por sus misterios, por sus virtudes, por sus leyes, por sus verdades y hasta por los sentimientos que despierta en los seres que á ella se acogen, vive hace ya muchos siglos, y promete vivir más que ha vivido; y hay un pueblo entre todos los de la tierra, que por su generosi-

D. Rafael Menacho.

No testó.

«En la ciudad de Badajoz á cuatro días del mes de Marzo de mil ochocientos y once falleció en la muralla de una bala de cañón El E. S. D. Rafael Menacho, Mariscal de Campo, Gobernador militar y político de esta Plaza y Comandante General de las Armas, natural de la ciudad de Cádiz y Marido de D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Dolores Calogero; no recibió Sacramento alguno, ni testó por lo súbito de su muerte: sepultose en el Panteón del Ilmo. cabildo de esta Santa Iglesia Cathedral, con asistencia del mismo, y también del M. N. Ayuntamiento de esta ciudad, y para que así conste lo firmo como Párroco castrense

Dr. Josef Rodriguez Falcató y Astorga.»

(Hay una rúbrica).

La anterior partida está copiada literalmente de su original, que se halla al fólío veinte y dos cara y vuelta del libro tercero de defunciones pertenecientes á la jurisdicción Castrense, que se custodia en el archivo del Sagrario Catedral de esta ciudad y empieza el veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos dos y termina el día diez y nueve de Diciembre de mil ochocientos sesenta y cuatro, de que yo el infrascrito Cura Vicario certifico.—WENCESLAO MAURICIO Y ARIAS. — Derechos gratis. — Hay un sello que dice: «Sagrario Catedral de Badajoz.»

abriéndose paso por medio de los franceses, pudo unirse al ejército que estaba organizándose en Sierra Morena para cubrir las Andalucías.

El 18 de Febrero asistió á la acción de Mora, mandando una de las divisiones del ejército encomendado al duque de Alburquerque, y el día 22 concurrió á la defensa y retirada de Consuegra.

Pasó luego al ejército de Extremadura y se batió en la batalla de Medellín el día 28 de Marzo, donde con robusto brazo y con sin igual bravura despertó tan levantada emulación en la infantería española, que llena de arrojo y entusiasmo, sólo y sin jefes se avanzaba contra el enemigo; por tan gloriosos hechos, el día 8 de Abril, fué ascendido á brigadier.

Destinado á la expedición de Mérida, pasó el Guadiana para ir á la ciudad, y puso sitio á una casa fuerte en 15 de Mayo. El 16 fué herido por una bala de fusil que le atravesó el muslo izquierdo; pero no quiso retirarse de su puesto hasta el día 18. En el momento en que se vió curado, se incorporó á su batallón, y la Junta Central le despachó las *letras de servicios* en 3 de Noviembre.

Habiéndosele confiado el mando de la tercera división del ejército de Extremadura, defendió en 19 de Noviembre el puente del Arzobispo. Con solas sus tropas sostuvo la función de Mérida hasta despues de la retirada del ejército á Andalucía, y pasó más tarde con su briosa división á reforzar y sostener la plaza

de Badajoz en el mes de Enero de 1810.

Inmediatamente, el marqués de la Romana le mandó á proteger la plaza de Olivenza.

El 6 de Febrero salió de aquella á la cabeza de su división, con orden de ir á situarse en las alturas de Santa Olalla; pero al llegar el 8 á Santa Marta, tuvo noticias de que los enemigos, despues de ocupar á Sevilla, se habían apoderado del referido puesto, motivo por el cual emprendió su retirada por Feria. En este punto lo sitiaron los franceses el día 9, y los batió con denuedo, rechazando especialmente á la caballería. Marchó luego á Salvaleón, á donde estuvo cercado y sin órdenes, hasta que el 10 en la noche recibió la de marchar con velocidad á Badajoz, á causa de estar amenazado por el enemigo.

El día 11 avistó nuestra plaza, bloqueada por los franceses; y, rompiendo y desbaratando las líneas de éstos, entró aquí en la madrugada del 12 entre los vivas y aclamaciones de todo el pueblo, reforzando las fuerzas con su acreditada y valiente división.

El 11 de Agosto fué destinado de segundo jefe de las tropas al mando del general D. Francisco Ballesteros, y se halló en la acción de Canta el Gallo.

El 23 de Septiembre de 1810 lo promovió el Consejo de la Regencia á Mariscal de campo y con fecha 10 de Octubre del propio año se le confirmó el gobierno militar y político de la plaza de Badajoz, vacante por salida de D. Juan Gregorio

dad, por su hidalguía, por su valor, por su entereza, por su civismo y hasta por su historia, brillará más, mucho más, que en la edad presente en las edades futuras; entre una y otra hay la analogía que puede resultar de la comparación de dos cosas sublimes, aunque de orden distinto. Es aquella la religión anunciada en el Sinaí, nacida en Belén y eternizada en el Calvario; es éste el pueblo que se anuncia en Sargunto, que nace en Covadonga y se eterniza en Madrid, en Zaragoza y en Gerona; es aquella la Religión de Cristo; es este el pueblo español.—Ni la santidad del primero, ni del segundo la nobleza, necesitan cantarse: los más grandes poetas de las pasadas centurias, Dante, Tasso y Milton, han pregonado la excelstitud del Catolicismo en *La Divina Comedia*, *La Jerusalén libertada* y *El Paraíso Perdido*, y ténganos Dios de su mano, si plagiarlos fuera nuestro intento; los más inspirados vates de nuestro siglo, Nicasio Gallego y Espronceda, López García y Quintana, han inmortalizado las proezas de nuestros mayores en versos tan llenos de ardimiento como de patriotismo, y librenos Dios de la mala idea de pulsar la lira que dejaron imposible para todos; sus cuerdas ciegas de ira al ver nuestra ineptitud, vendrían rotas en pedazos á azotarnos el rostro.

Cumple á nuestro deseo dedicar un recuerdo á los mártires de la Independencia Española, y vamos á hacerlo sin el auxilio de la poesía; para describir á grandes rasgos aquella memorable jornada, se puede excusar la forma rítmica; corazón hace falta, y ese le tenemos.

\*\*\*

España había llegado ya al último peldaño de la pobreza, de la degradación y del envilecimiento, en los días anteriores al glorioso 2 de Mayo de 1808. Con el postrer aliento que saliera del pecho de los Churrucas y Gravinas, allá en Trafalgar, parece que se habían extinguido en el alma de los españoles aquellas energías, aquella virilidad y aquel civismo que fuera un tiempo el timbre más preciado de su gloria; á la corona de San Fernando, objeto de tantas envidias en otras épocas, en manos de un rey inepto, de una reina impúdica y de un ambicioso favorito, le había llegado su vez, y envidiaba el poderío de otras coronas; agonizaba la industria, perecía el comercio, no daba señales de vida la agricultura, á pesar de las leyes protectoras de Jovellanos y Floridablanca, y ante cuadro tan desolador, no creemos exagerar si comparamos la imagen del pueblo ibero por aquel entonces, con la fría imagen de la muerte.

¿Qué significaba este estado de cosas? ¿Indicaría acaso que en nuestra sangre se había extinguido la ardiente levadura del heroísmo? ¿que la blindada nave del corazón al influjo de las desgracias se había transformado en débil barquichuela? ¿que el concepto de la patria que les diera hecho un día el ilustre Quintana, se habría perdido en sus cerebros? Aquellas inspiradas estrofas en que Fr. Luis de León decía, con acento profético,

«Llamas, dolores, guerras,  
Muertes, asolamientos, fieros males,  
Entre tus brazos cierras  
Trabajos inmortales,  
A tí y á tus vasallos naturales.»

¿se habrían convertido en realidad para nuestra desgracia? España empobrecida recordaría aquellos versos de Jovellanos que dicen con amarga pena:

«Los talleres desiertos, del arado  
Arrumbado el oficio,  
El saber sin estima, en trono el vicio,  
La belleza á la puja, Marte arado,  
Sin caudillo las tropas...  
¿Tornan, Señor, los tiempos de don Opas?»

ó España esclava, al evocar llorosa sus recuerdos, diría con el dolor profundo con que escribió el mismo gran poeta las siguientes líneas:

«¿En esto había de parar mi gloria?  
¿Mi fin ha de ser éste?  
Y falsías, y guerra, y hambre, y peste,  
Los postrimeros fastos de mi historia?»

No sabemos contestar estas preguntas; aquel estado de inacción de nuestra patria y aquel gigantesco paso de la inacción al heroísmo, sólo se explica por una ley, por la ley de las transformaciones humanas que nos ofrece á cada paso en todos los órdenes las metamorfosis más completas, y así y sólo así nos lo explicamos nosotros.

Si era dolencia de muerte ó era sueño profundo el que padeció nuestra patria, lo ignoramos; pero sueño ó dolencia, muerte ó vida, de todo se curó al escuchar el sonido de los tambores y clarines franceses; al ver sus amados hijos el surco

que dejaban en un suelo tantas veces regado con su sangre, las cureñas napoleónicas, y al ver como la bandera tricolor quiere robar sus matices de oro y grana á la bandera más gloriosa del mundo. Y surgen los héroes, se multiplican los mártires y renace la patria.

Luchan por su honor, y no se paran á medir sus fuerzas, ni miden las del contrario; luchan por la libertad, y no se preocupan del orden de sus huestes, ni les importa el buen orden del enemigo; luchan por su independencia, y no se cuidan de la pobreza de sus armas ni del poderío de las vencedoras de Austerlitz; son españoles y defienden su honor, su libertad y su independencia con la bizarría de siempre; si no pueden de otra forma, á puñadas y á muerdos.

Y así combaten, y así tienen á raya al ejército del Corso, y así le derrotan muchas veces, y así le humillan no pocas; y el entusiasmo aumenta, y el ejemplo cunde, y al alzamiento del pueblo madrileño sigue el de las provincias; y á las acciones del Bruch, ganada por los somatenes catalanes, siguen los sitios de Gerona y Zaragoza, Badajoz y Ciudad-Rodrigo; las batallas de Bailén, Fuentes de Oñoro, Murviello y Albuera, y las mil y mil escaramuzas que tanto elevaron el nombre de España. Muere un héroe, y nacen diez; se extingue la vida de un mártir, y su espíritu lo reciben cuantos le rodean, con la sonrisa en los labios; exhalan el último aliento Daoiz y Velarde y aparecen generales tan bravos como Palafox y Bolívar, Castaños y Menacho, que llevan la confusión y el desaliento á las hordas traspirinácicas y el temor al pecho del que sin temer á nada ni á nadie, atravesó dos naciones para sitiar á Moscú, apoderarse de Europa, y quien sabe si conquistar despues el mundo entero.

Las hazañas de nuestros soldados les intimida; el heroísmo de mujeres como Agustina Zaragoza, les espanta; la virilidad de autoridades como la de Móstoles les desconcierta, y merced al influjo de nuestros compatriotas, el que se envanecía con el título de primer Capitán del siglo, llegó á ser el primer desterrado en Santa Elena.

La tierra les sea leve á todos los ilustres patricios de la Independencia Española; así á los que dieron su sangre por ella como á los que le prestaron sus ideas y sus talentos.

Velarde y Daoiz, Palafox y Castaños, Bolívar, Castro y Menacho, héroes todos de aquella memorable jornada! que el cielo os conceda tanta gloria en la otra vida, como gloria lograsteis en esta.

Nicasio Gallego, Quintana y Jovellanos, ¡cuantos con inspirado acento contribuísteis á levantar el espíritu de aquella inmortal generación! que Dios os premie con su amor el amor inmenso que sentísteis por la nación ibera.

¡Argüelles, Toreno, Calatrava, legisladores todos de las Cortes de Cádiz, defensores de la Constitución de 1812; ¡que el que todo lo puede os conceda en la mansión de los justos tantos bienes, como bienes otorgásteis á España!

ANTONIO ARQUEROS.

## La manifestacion de hoy.

No en valde habrá dicho la prensa de la capital y algunos diarios de Madrid, que las fiestas celebradas en Badajoz con motivo de la inauguración del monumento erigido en memoria de los mártires de nuestra independencia, habían de resultar brillantísima.

Y no podía por menos de suceder así, cuando movidos los pueblos por el fuego sagrado del patriotismo, se proponen realizar grandiosas manifestaciones en honor de sus hijos, de aquellos que sufrieron, afrontando todos los peligros y rivalizando en valor, serenidad y arrojo, derramar su preciosa sangre en los campos de batalla para salvar á la patria de la opresora cadena con que se pretendía sujetarla.

El acto realizado hoy por el pueblo de Badajoz, recordando sus tradiciones gloriosas y rindiendo justísimo homenaje á la memoria del general D. Rafael Menacho, es un acto digno de un pueblo viril, fuerte, sensato, y digno del resto de esta noble tierra extremeña acerca de tantos y tantos Capitanes que ilustraron con sus famosísimos hechos las más hermosas páginas de la historia de la humanidad.

¡Que espectáculo tan hermoso el que desde las primeras horas de la mañana ha presentado la capital de la provincia!

Un sentimiento extraño, mezcla de dolor y de alegría, se pintaba en todos los

semblantes y mientras los ojos solicitaban lágrimas para derramarlas ante el monumento de esta independencia, los labios se abrían para dar paso á una dulce sonrisa de satisfacción y de orgullo al contemplar los bronces y los mármoles que han de perpetuar el recuerdo de aquella gloriosa fecha!

El pueblo, apiñado en las calles, ocupando los balcones, alegrando aquellos mismos baluartes que fueron en el año de 1811 mudos testigos del arrojo de nuestros soldados y del paisaje que acudia á la pelea dispuesto también á sacrificarse por la patria, ha cumplido hoy una de sus más sacrosantos deberes acudiendo á orar por aquellos que se disputaban entónces los puestos de mayor peligro y que encumbieron destrozados por el plomo que sin descanso arrojaban sobre la plaza los bronces del enemigo.

Cuanto Badajoz encierra de notaqle en las ciencias, en las letras, en el clero y en las armas, representaciones de todos los cuerpos é institutos, sociedades, corporaciones, cuerpos civiles y autoridades, todos sin distinción de clases y gerarquías han acudido á tan solemnisimo acto, porque nadie que sienta en su corazón las desdichas y las glorias de la patria puede permanecer indiferente ante hechos de esta naturaleza y cuando se trata de glorificar á los héroes.

A la hora indicada en los programas las avenidas de todas las calles por donde había de pasar la procesión estaban ocupadas por numero gentío, en los balcones vistosamente engalanados lucían sus encantos los gentiles y hermosos hijos de este pueblo que anunciándose al general regocijo esperaban el paso de la comitiva y de las tropas.

A las ocho salían de sus cuarteles los batallones de línea con sus músicas, la caballería con sus clarines que alegroban los espacios, la guardia vivíl que se distinguía en el baluarte de Santiago para impedir la aglomeración del público y la artillería que se trasladaba á la batería para preparar y servir los cañones que habían de hacer los honores de ordenanza.

### En la Plaza de San Juan.

La concurrencia en este sitio era muy numerosa. Los invitados esperaban unos en la plaza y otros en los balcones del palacio municipal; en los corros se comentaba la sublime epopeya del 2 de Mayo.

Cuatro guardias civiles y un cabo, formaban la descubierta y detrás en dos filas y por el orden siguiente figuraban: Fila derecha, Comisiones militares. Fila izquierda, Comisión del Cabildo Catedral, de la Comisión de Monumentos históricos, del Instituto, de la Escuela Normal, Inspector de escuelas públicas, Director de Correos, de Telégrafos, Administrador de Propiedades, de Contribuciones y personal de las dependencias del Estado.

En el centro formando grupos y llevando coronas:

El Círculo progresista.  
Ateneo Obrero.  
Ateneo Escolar.  
Cámara de Comercio, con estandarte.  
Directores y redactores de los periódicos locales.  
Real Sociedad Económica, con estandarte.

Ayuntamiento con estandarte, maceros y todo el personal.

La presidencia la constituían el ilustrísimo Sr. Obispo, en el centro; á su derecha el señor Alcalde y á la izquierda el Coronel de la zona Sr. Gelabert.

En último término iba el piquete de honor con bandera y música.

### La calle de Menacho.

Hicimos alto en la de Pizarro porque al entrar en la de Menacho el golpe de vista que presentaba esta, desde la plaza de Aya-la, era imponente y magestuoso.

Los balcones y la calle cuajados de jente y de soldados, á lo lejos se veía la cúpula del monumento destacándose en el fondo verde que prestan los árboles que le circundan, y en un horizonte despejado y claro, y en la escalinata de acceso, los rayos del sol se quebraban en las relucientes chapas de los cascos y en los sables de los militares que formaban el acompañamiento del Capitán general.

La caballería fué la primera que hizo firme, y cuando la procesión entró en esta calle, el regimiento de Castilla y el batallón de Cazadores se abrieron en dos columnas, dejando una abertura en toda la longitud de dicha calle, suficiente para el paso de la comitiva que de un modo triunfal avanzaba en dirección del baluarte de Santiago.

La descubierta de la guardia Civil que iba á la cabeza de la procesión, hizo alto cerca de la escalinata.

La presidencia avanzó hasta cerca de éste y unida al Capitán general se colocaron todos al lado de los sillones colocados previamente como designación de sitio.

Si imponente era el golpe de vista que presentaba la calle del Pozo, mas imponente aún lo estaba el sitio que hasta ahora se ha llamado Memoria de Menacho.

La mayor parte del vecindario se veía allí mezclado, confundido, escalonando los sitios mas altos para ver mejor, formando, en una palabra, una masa compacta de carne humana que se agitaba en distintos sentidos, haciendo los de atrás vacilar en sus piés á los que se situaban delante.

Así es que cuando la procesión apareció en el baluarte una expectation general se produjo y la alegría y admiración con mezcla del pesar sugerido por el recuerdo de las víctimas de la perfidia francesa, corrió por todos con rapidez asombrosa, cual fluido eléctrico que se hubiera comunicado á todos los reunidos en aquel baluarte.

### Los discursos.

La falta de espacio nos impide publicar hoy los discursos pronunciados por el Excelentísimo Sr. Capitán General, Alcalde de Badajoz y el Sr. Díaz Macías en nombre de la prensa, y la historia y descripción del monumento.

Lo haremos otro día, acaso mañana.

### La bendición.

Terminados los discursos, el ilustrísimo Sr. Obispo bendijo el monumento y todo el público se descubrió, los cornetas de órdenes dieron el toque de firme á las tropas y se notó un relativo silencio. Era que iba á empezar el Santo Sacrificio de la Misa,

### La Misa de campaña.

La presidencia se retiró al lado de los sillones y el Sr. Vicario castrense acercóse al altar colocado cerca del monumento, y dió comienzo la Misa,

Aquel momento solemne y magestuoso que presenciaban millares de personas, resultó sublime.

La Misa fué escuchada con verdadero recogimiento por el inmenso gentío que llenaba el baluarte de Santiago.

Terminada esta, el público empezó á moverse en dirección del terraplen adyacente á la escalinata.

Entonces fué cuando el orden observado en el público empezó á alterarse, pues todos deseaban ponerse en primera fila.

En aquellos momentos dió principio

### El desfile.

La guarnición desfiló muy lucidamente y no hemos de hacer distinciones pues al buen orden y precisión en la marcha de Castilla y Cazadores de Tarifa se unió el arrogante paso de la caballería. En una palabra que el desfile resultó muy bien y digno de elogio.

### Coronas.

La de la prensa periódica de la localidad, de flores naturales con una inscripción que dice: «La prensa de Badajoz, al valor y la lealtad.»

La del Excmo. Ayuntamiento, también de flores naturales, con dedicatoria que dice: «El pueblo de Badajoz á sus heroicos defensores.»

La de la guarnición, de flores artificiales, en cuyas cintas se lee: «La guarnición de la Plaza.» «A sus compañeros defensores de Badajoz.» «Al valiente é ilustre general Menacho.»

La del Ateneo Escolar, de flores naturales, con inscripción que dice: «El Ateneo Escolar al General Menacho.»

La del Casino republicano-progresista, con cintas de color y dedicatoria que dice: «Círculo progresista al invicto General D. Rafael Menacho.»

La del Ateneo Obrero, de flores naturales en cuyas cintas se lee: «El Círculo Obrero á los mártires de la Independencia.»

La del Círculo Mercantil, de flores naturales con inscripción que dice: «Círculo Mercantil á Menacho.»

La del Ejército, de flores naturales con inscripción que dice: «De morir por la patria tuviste la gloria.»

## ÚLTIMA HORA.

El Ayuntamiento en nombre del pueblo ha invitado para esta noche á una recepción, en sus salones, á todo el elemento militar de esta plaza y sus distinguidas familias.

De tan hermoso acto, que como muy oportunamente dice la esquela de invitación sella las fraternales relaciones que existen entre el ejército y el pueblo, daremos cuenta en nuestro próximo número.